

Fabiola Pinel. *Danza entre cenizas*. Lima: Apogeo, 2022, 267 pp.**Edward Álvarez Yucra**

Universidad Nacional de San Agustín
mosiahvalvarez@hotmail.com
ORCID: 0000-0002-3149-4061

La primera novela de Fabiola Pinel fue presentada el 25 de julio del 2024 en la sede de la Alianza Francesa de Arequipa. A dos años de su publicación original, esta obra ha recibido comentarios que resaltan múltiples virtudes en su ejecución literaria y en la remembranza de las subjetividades que participaron en una etapa desastrosa del país. Dada esta reciente difusión en la Ciudad Blanca y las apreciaciones hechas hasta ahora, es propicio sumergirnos en sus profundidades o, por lo menos, vadear en ella para aprehender la propuesta peculiar que ofrece su ángulo narrativo.

La historia que nos ocupa trata sobre una adolescente en la crisis violenta que azota al Perú entre las dos últimas décadas del siglo XX. Clara Taype, una muchacha de clase media limeña, pasa por experiencias que lindan con los problemas típicos de su etapa juvenil y los traumas que deja el revuelo destructivo del momento. Podemos reducir su decurso en cinco partes: una enfocada en su cotidianidad adolescente (capítulos I y II), otra implicada en su formación ideológica (capítulos del III al VI), otra descrita según sus prácticas subversivas (capítulos del VII al IX), otra con base en su encierro dentro de una correccional para jovencitas (capítulos X y XI) y, finalmente, otra resumida en su vida adulta, posterior a los años catastróficos (el epílogo).

De esta manera, la protagonista se sitúa en escenarios controvertidos tanto en el seno familiar como en los fuertes de guerra.

Si es necesario destacar aciertos, la novela brinda una verosimilitud convincente. La atmósfera de la clase media, los amoríos colegiales, las disfunciones familiares y las ilusiones de adolescencia moldean personajes jóvenes que son descritos con un lenguaje igual de juvenil, simple en su narratividad. Lo interesante en esta sugestión, aparentemente llana, es que no menoscaba los hechos bélicos y sangrientos del conflicto circundante. La detención policial del hermano de Clara, la muerte de una compañera del partido en su casa y las visitas que realiza en el penal son síntomas de una rebeldía naciente, concebida desde la impotencia y el dolor. Este cambio, a su vez, no es un proceso inmediato ni sencillo; por el contrario, la joven quinceañera vacila en distintas situaciones*.

Sin embargo, es su sed de justicia, caridad y sacrificio lo que la incita a correr el riesgo de fenecer por el pueblo. Esto significa proteger a los desahuciados: “De pronto vio un niño de unos tres años que lloraba en medio de todo, gritando: ‘¡Mamááá!’ Clara reaccionó y corrió hacia él bajo las balas, agachada, lo tomó del brazo y lo alzó al vuelo, pegándose contra la pared” (Pinel, 2022, p. 91); y también significa proteger a sus camaradas: “Además, no sabía si algún día se atrevería a usar un arma y disparar a alguien. [...] Lo que sí estaba segura es que por salvar a sus compañeros en plena acción no dudaría ni un segundo en usarla, para eso no tenía ni que pensarlo” (p. 151).

Otro acierto en la novela radica en la exposición de los mecanismos de adoctrinamiento que fungen en los jóvenes de

* A propósito de la duda, vale la pena considerar la lectura de Gerardo Saravia (2023): “La narrativa de autores afines a los movimientos subversivos suele tener tintes de hagiografía. En cambio, el relato de Pinel, si bien nos presenta una mirada desde la exsenderista que recuerda con cariño su pasado y regresa a él para comprender su presente y cobrarse algunos saldos, no es el de la férrea senderista dispuesta a inmolarse por su organización. Clara, más bien, duda en todo momento. Desde [el momento en el que realiza] su primera acción hasta [el transcurso] en la sala de torturas”.

clase media. Dynnik Asencios (2023) encuentra en la prisión un depósito de cuerpos sin posibilidades de reintegración social; lugar que aprovechó Sendero Luminoso para preservar sus dinámicas educativas, políticas y culturales. Efectivamente, Clara se forma al visitar la cárcel, lo hace entre representaciones teatrales, cantos a coro, libros, manuales, folletos, propaganda, etc.; al mismo tiempo que se introduce paulatinamente en los círculos sociales que integran la organización: primero como ayudante de un comité encargado de la alimentación, después como estudiante de una escuela improvisada y luego como camarada de una milicia. Por ello, detona una nueva crisis de identidad: al asumir su nombre partidario, Grace, la ideología que sigue teniendo un imperativo inobjetable, cuya demanda anula sus deseos individuales. Clara anhela una carrera artística, pero Grace le impide dedicarse a dicho sueño: “El país ardiendo y yo pensando en ser actriz, parece tan absurdo” (Pinel, 2022, p. 102).

La educación impartida en el entorno de Clara está marcada por tres factores: uno social que viene por la influencia de su hermano Abel y los miembros del partido, otro individual que parte de su espíritu benefactor ante los pobres, y otro que viene por la orientación específica de la ideología. En este último, cabe darle relevancia al “papel que juegan los ‘reclutadores’” (Asencios, 2023, p. 242). Sin buscar asilo, desde la completa precariedad y sin esperar lo sucedido desde un estatus elevado, la camarada Grace da cuenta de un proceso de filiación que amplía el imaginario de aquellos años.

Así, aunque es partícipe de las tensiones bélicas, no deja de confrontar dilemas íntimos como las relaciones de noviazgo dentro y fuera del partido, el desapego de su hermana y su madre, o la disconformidad con el rol materno. A raíz de ello, la figura femenina cobra relevancia en el desarrollo de la novela, muestra su posición en las filas de Sendero Luminoso de acuerdo con las necesidades del partido. Cada rol que asume Grace se adecúa a las circunstancias críticas a fin de concretar un

sueño colectivo y mayor. La rebeldía de su generación no exime a las mujeres, pues se trata de una guerra en la que debe igualarse, y hasta superarse, las filas del bando enemigo. Asimismo, los riesgos que asume son indesligables de su posición femenina. Los abusos sexuales no pasan por alto pese a la negación de Clara tras testificar ante los trabajadores de una ONG: “—No me violaron —Clara recordó esos momentos en que cada vez que pasaba uno de la Dircote por su lado la manoseaba” (Pinel, 2022, p. 219). Y en tal sentido, también surge un trauma con respecto a la maternidad: “A Clara le parecía descabellada la idea de ser madre. ¿Cómo serlo en estos tiempos? Ella nunca sería madre. ¡Para qué traer un bebé a este mundo de mierda!” (p. 232). Para esta figura femenina, el mundo es una espiral fatalista que no puede frenarse desde un rol tradicional.

Ahora bien, si es necesario destacar falencias, cabe pensar en los dos últimos capítulos, cuyo desarrollo es asimétrico si se compara uno con otro. La reclusión de la protagonista es un pasaje poco productivo para la culminación de la novela. El capítulo dedicado a esta experiencia es rico en cuanto a personajes femeninos y a los testimonios sobre cómo acabaron encerrados. Por el contrario, el impacto que tienen el reclusorio en Clara desvaría por la nula influencia en su forma de pensar y el protagonismo que le roban en gran parte de la narración. Al salir de este, su ideología y convicciones siguen siendo las mismas, por lo que no hay un aporte sustancial en este suceso; transcurre como un hecho anecdótico. En cambio, la depresión que embiste al partido y a la joven senderista, tras la captura de la Abimael Guzmán, en el capítulo siguiente, recibe poca atención y descuida detalles que pudieron haberse explotado. Por todo ello, el encierro es un pasaje dispensable por su longitud, mientras que la depresión tras la derrota del partido es uno que requería ampliarse.

Otra falencia está en el epílogo que ofrecen las páginas finales. Es aquí donde se resume lo acontecido después de los años sangrientos y donde vemos a Clara en un reencuentro con una

amiga exsenderista, en tanto la voz narrativa se esfuerza por justificar el título de la obra y trata de interpretar las acciones de dicha generación de jóvenes. De manera que la escena pacífica tiene un contraste muy forzado con lo acaecido poco atrás, la descripción de lo vivido por cada personaje avanza con premura y el símbolo de las cenizas aparece de improvisto, sin haber iterado con sutileza a lo largo de la narración: “Las cenizas de la guerra, esparcidas en la sociedad peruana, impregnaban a todos los que de alguna manera se quemaron en la contienda” (Pinel, 2022, p. 257). La significación de las cenizas remite al país que arde en llamas, pero, por consiguiente, ¿por qué han de sintetizar la historia si estas solo son perceptibles una vez que ha pasado el incendio? Las cenizas son los restos del pasado en el presente; la novela debería partir de un recuerdo, pero cae en el desperfecto de omitirlo. Lo que vemos en gran parte son las llamas, no las cenizas. Y más aún, ¿por qué danzar en las cenizas si la protagonista tiene una eminente inclinación hacia el teatro y la actuación?

La primera cuestión tal vez se hubiese resuelto si, paralelamente, se desarrollara una historia posterior a las catástrofes, cuyas remembranzas de lo ocurrido en aquel entonces reavivaran las llamas de dicha crisis violenta. En cuanto a la segunda, la danza carece de sentido si pensamos en su ausencia simbólica; no hay una constante melódica ni una afición por el baile, tampoco una figura que nos remita a dicho concepto. Por tanto, las improntas del título son un despropósito. Podría decirse que es el lector quien reanima el incendio que han dejado las cenizas en este libro, o que la danza es un arte cercano a la actuación, pero no hay nada que anticipe estas interpretaciones; no se justifican ni la metáfora del libro hecho de cenizas ni la metonimia artística que traza una contigüidad entre la actuación y la danza. Tal vez hubo un esmero por ceñir el relato al epígrafe introductorio, compuesto por un poema de Alejandra Pizarnik, pero, así también, el pacifismo acelerado del final difiere de los versos que simbolizan las cenizas para

esta poeta: “Afuera hay sol. / Yo me visto de cenizas”; por lo que la protagonista deja muy de lado la memoria, aquella vestimenta de un pasado controvertido, y le muestra cierta indiferencia en un predecible final feliz. En el reencuentro de ambas amigas pareciera que nadie viste de cenizas; solo hay sol.

En fin, la novela de Fabiola Pinel es rescatable por los nudos que teje con simpleza, intensidad dramática y conmoción. Es difícil no adentrarse en la atmósfera subversiva y en la feminidad que sale lentamente de su inocencia. Pese a su frenético cierre, *Danza entre cenizas* se esfuerza por testificar sobre la filiación de la clase media limeña a ideologías como la sende-rista. Clara es una sinécdoque, forma parte de una generación rebelde que trató de cambiar el Perú, pero siguió una proyección condenada al fracaso. “El dogmatismo y el fanatismo que erosionó sus filas, además del endiosamiento de su líder, la hicieron vulnerable” (Pinel, 2022, p. 262). Para terminar, podría añadirse que, en lugar de desempeñarse como una novela, su función tiende más al testimonio, por lo que vemos las heridas de bastantes personajes. A su vez, la exploración subjetiva de sus casos alimenta una memoria colectiva que deja de lado, por instantes, el perfil de la protagonista. Este puede verse como un desbalance estilístico, pero lo cierto es que dichas voces evocan una etapa de violencia política que esperemos no vuelva a repetirse en el país.

Referencias bibliográficas

- Asencios, D. (2023). Un retrato íntimo del conflicto armado interno. *Argumentos*, 4(1), 237-242.
<https://doi.org/10.46476/ra.v4i1.165>
- Pinel, F. (2022). *Danza entre cenizas*. Apogeo.
- Saravia, G. (2023). “Danza entre cenizas”: una novela singular sobre el conflicto armado interno. *Revista IDEELE*, 308.
<https://www.revistaideele.com/2023/02/23/danza-entre-cenizas-una-novela-singular-sobre-el-conflicto-armado-interno/>